

Los céntimos de peseta

Parecerán irrisorios a las generaciones actuales, los precios que regían hace sesenta años, pero el valor adquisitivo de la moneda era entonces tan grande, como para que circularan las monedas de uno y dos céntimos.

Y así, siendo yo muy pequeño, cuando el conde de Salazar pariente de los Verástegui me encontraba en la calle y fingía sacarme de detrás de la oreja una de aquellas diminutas y doradas piezas de un céntimo, corría yo a la confitería más próxima y me daban por ella un par de caramelos. En años posteriores, aproximadamente los de la primera guerra europea, podíamos, por una peseta, desarrollar las tardes de los domingos un programa parecido a éste: Una partida de billar en la parcheadísima mesa de la Juventud Católica, la contemplación de alguna serie de aquellas películas tituladas: “Los misterios de Nueva York”, “La moneda rota” o “La mano que aprieta” y todavía podíamos comprar, a escote entre cuatro, una cajetilla de ochenta céntimos que con mis “cómplices” Manolo Ibarrondo, Adrián Abreu y Juan Galíndez nos fumábamos seguidos, a cinco por cabeza, ocultos en el jardín de casa o en la cascada de La Florida, acabando en una pura náusea y recurriendo para aliviarnos de la desazón a terapéutica tan elemental como la de colocar la nuca, bajo el refrescante goteo de alguna estalactita.

A Cucha, el librero de viejo, le comprábamos por una perra gorda uno de aquellos manoseados folletines sobre Rafles o Dik Turpin y a final de curso le vendíamos nuestros no menos manoseados libros de texto.

—¿Cuánto quieres por esta Geometría? —nos preguntaba.

— ¡Tres pesetas! —decíamos con cierto trémulo en la voz, como presintiendo lo elevado de la tasación propuesta.

—¡Te doy cuarenta céntimos!

—¡Venga! —accedíamos sin vacilar.

Porque con ese dinero podíamos ir al Cine Parisiana, una o más veces, según que la localidad elegida fuera la de preferencia, la de general o la intermedia, que acaso por estar encajonada entre las otras dos, figuraba en las carteleras con esta extraña denominación como “asequible precio”:

“Cazuela... Veinte céntimos.”